

la mayor efervescencia de sus apetitos, la naturaleza ni aun hizo sospechar á los animales.

Cuando las doctrinas materialistas, que reducen la moral al interés particular, se introducen en un pueblo, su primer efecto por lo comun es turbar el órden político, y dividir los ciudadanos, exaltando desmedidamente el deseo de la dominacion. Todos quieren mandar, y nadie obedecer: se disputan unos á otros rabiosamente el poder, el mando, la autoridad; y el Estado despedazado sucumbirá á las facciones, si las almas degradándose poco á poco, y preparadas en fin para soportarlo todo, no se precipitasen por sí mismas y arrojasen voluntariamente á los piés del despotismo; porque, observémoslo, los elementos de la esclavitud se preparan en la anarquía, y cuanto mas completa es esta, mas profunda es la esclavitud que se la sigue.

Es muy notable este duplicado efecto de la depravacion de costumbres producida por la impiedad, el cual consiste en irritar de tal modo el orgullo de los hombres, que se les haga odioso el Gobierno mas suave, y en extinguir de tal manera en ellos el noble sentimiento de su dignidad, que nada se les haga intolerable, ni les choque, ni asombre en la tiranía mas feroz. El que no se tiene en mas, ni piensa que es mas que una bestia, no se indigna de ser tratado como ella, y se consuela de todo con tal que se le deje la vida y los deleites de los brutos. *Panem et circenses*, era el grito de los romanos en tiempo de los Césares: un poco de pan empapado en sangre, hé aquí todo lo que pedia á sus amos aquel pueblo tan orgulloso y civilizado, que habia conquistado el mundo.

En el principio de las sociedades, los pueblos pelean por la vida, y de ahí es que las guerras son entonces casi siempre atroces; pero la humanidad recobra su imperio en el tiempo de la paz. Por el contrario, en las naciones corrompidas, la paz es mas cruel que la guerra misma. La codicia y el orgullo producen como un espíritu general de barbarie fria y meditada, la cual rompe y se manifiesta segun las circunstancias, unas veces en las costumbres del pueblo, otras en la política de los Gobiernos.

Los conocimientos, dice Montesquieu, hacen á los hombres mansos y suaves: no es así. Véanse á los ro-

manos en tiempo de Augusto. Sin hablar ahora de la exposicion de los niños y de los espectáculos sangrientos del circo, no podemos formar hoy una idea cabal de qual era la desgraciada suerte de los esclavos en aquel pueblo heredero universal de los conocimientos y de los vicios de todo el género humano. Estos infelices, á quienes se les escaseaban hasta los alimentos mas groseros, pasada la hora del trabajo yacian aherrojados en los campos en unas especies de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. Expuestos á los caprichos de un amo avaro, y de unos celadores ó sobrestantes desapiadados, se les oprimia con toda especie de trabajos, mas soportables sin embargo que los caprichos crueles de sus tiranos; y en llegando á viejos, ó cayendo enfermos, se les enviaba á morir de hambre á una isla del Tiber. Algunos romanos los hacian arrojar vivos en los viveros de peces para engordar con ellos á las murenas¹. La muerte misma hacia parte de todas las diversiones de aquel pueblo. Para dar mas aire de verdad á las representaciones trágicas, degollaban, si así lo exigia el drama, á uno sobre la escena; se veía á Hércules quemado vivo, y á Orfeo despedazado por osos que hacían el papel de bacantes. En fin, ¿qué sé yo? el hombre habia llegado á ser tan vil y despreciable á los ojos del hombre, que se le mataba para alegrar los festines ó para entretener el tiempo, sin que se hiciese alto, ni formase el menor escrúpulo sobre ello. Y lo que no se imaginó jamás hasta aquel siglo, tan brillante de literatura y filosofía, se llegaron á sacrificar al Tedio víctimas humanas.

Pero aun añadiremos otra cosa acaso mas increíble. Ephorion de Chalcide refiere²: que entré los Romanos se proponia algunas veces cinco *minas* ó monedas de premio ó recompensa al que se aviniese á dejarse cortar la cabeza, por manera que la suma ofrecida se habia de entregar á los herederos: y varias veces, añade el mismo autor, muchos concurrentes se disputaban á este precio

¹ Vedio Polion lo hizo así con un infeliz esclavo suyo, porque habia quebrado un vaso, sin que le pudiese valer Augusto César, que comia convidado á la mesa.

² *Apud Athen.*, l. 6.

la muerte. Júzguese en vista de esto cuál sería la miseria de las familias, cuando un miembro de ellas se sacrificaba así para librar á los otros de los horrores de la hambre, y de la atrocidad de un pueblo, en el cual la indignidad estaba reducida á mendigar la preferencia en estas execrables transacciones. Se encontraban hombres que compraban el deleite monstruoso de sufrir un homicidio; y no se hallaba quien fuese sensible á las dulces ternuras de la piedad y compasión.

¿Y qué diremos de los excesos, invenciones y refinamientos espantosos de disolución, convertidos en costumbres públicas en aquellos siglos abominables? El pensamiento mismo se niega á recordarlos ni aun vagamente. Hay ciertos vicios tan enormes, que debemos tratarlos y considerarlos como á aquellos grandes criminales, á quienes la ley, horrorizada de tamaños delitos, mandaba conducir al suplicio, cubierta la cara con un velo fúnebre.

Parecen inexplicables tanta corrupción y barbarie, y sin embargo es demasiado cierto que el corazón humano abriga su germen, cuyo desarrollo sola la Religión es la que puede impedirle. Sembrad en este terreno infecto las doctrinas de la nada, y bien pronto cogereis la muerte, y todos los delitos. Sí, lo diré, aunque supiese que por ello había de atraer sobre mí los gritos y anatemas de los numerosos prosélitos de esa sabiduría del día; y lo diré sin emblemas ni rodeos, porque ya es tiempo de no ocultar nada; la filosofía irreligiosa, cuyo principio es el orgullo, necesariamente hace á los hombres crueles¹. El que quiere ser superior á los otros, y saborear-

¹ En todos tiempos, dice un hombre sensato, ha habido una alianza mutua y completa entre los filósofos y revolucionarios. Los filósofos que escriben, son revolucionarios especulativos: los revolucionarios que degüellan, son filósofos activos; y como decía un miembro de la Convención francesa, cuando se trató de poner al autor del *Contrato social* en el Panteón entre Marat y Voltaire: *Lo que J. J. Rousseau quería, nosotros lo ejecutamos*. Efectivamente, hecho el cotejo, se puede con toda verdad decir que es imposible citar una atrocidad, una locura, una necedad de las practicadas durante la revolución, que no se encuentre aconsejada en un libro filosófico, principiando desde la mutación de los nombres de las calles, propuesta por Voltaire, hasta esas horribles ejecuciones

se en esta superioridad, se complace y recrea en someterlos á sus caprichos; y cuanto mas bárbaros y desordenados son estos, tanto mas grande le parece la dependencia ó inferioridad de las personas que esclaviza y domina. De aquí esos monstruos de atrocidad y de disolución desenfrenada¹: de aquí los bárbaros juegos del

y matanzas, de que dejamos á Raynal y Diderot se disputen la prioridad. Véase la nota de la pág. 150.

¹ Los cabellos se erizan solo al recordar los nombres de Ropespierre, Marat, Carrier, Lebon, Fouquier Tainville, Saint-Just, etc. Carrier, habiendo oído decir que estaba muy poblada la Francia para ser república, fué de dictamen que se *suprimiese* la tercera parte de sus habitantes. Enviado de comisión á Nantes el octubre de 1793 anunció su llegada con la proclama de « que harían antes » un cementerio de la Francia, que dejar de regenerarla: » propuso hacer perecer á todos los presos sin ser juzgados, y para verificarlo inventó el medio tan pronto como atroz de aquellos barcos que sumergiéndose en el Loira anegaban á cien personas de una vez: para prueba hizo desde luego entrar á noventa y cuatro sacerdotes en una barca con pretexto de trasladarlos á paraje mas seguro, y levantando las válvulas los sumergió en un momento; lo mismo hizo á pocos días con otros cincuenta y ocho eclesiásticos, y despues de estos con otros muchos seglares, llamando á estas expediciones; el bárbaro! *baños y deportaciones verticales*. Pareciéndole luego este medio muy lento, los hacia atar de dos en dos, y los arrojaba al rio Loira, teniendo la bárbara complacencia de atar juntos á un hombre con una mujer para anegarlos, á lo que irrisoriamente llamaba *matrimonio republicano*; y esta ejecución duró por mas de un mes todas las noches. Otra vez, habiendo á causa de su disolución contraído una enfermedad vergonzosa, hizo venir á si cien mujeres públicas, y las anegó é hizo ahogar todas. No perdonó sexo, edad ni condicion, ni al anciano mas venerable, ni al niño de doce años; computándose de quince á veinte mil los muertos de este modo. — *Fouquier Tainville* en menos de un año hizo morir treinta mil personas, sin mas proceso que juzgarlos *revolucionariamente*, es decir, sin fórmula alguna, mas que llenar con cualquiera nombre los huecos de las listas de proseripcion que tenía impresas, lo que muchas veces hacia entre los brindis almorzando en un café cerca de la Conserjería; no siendo una sola en la que equivocándose los satélites en traer unas personas por otras, respondia: « no importa, » lo mismo tiene hoy que mañana. — El apóstata oratoriano y cura juramentado *Lebon* todos los dias despues de comer se ponía en un baleón para asistir al suplicio de sus víctimas; hacia alarde de su disolución y de su crueldad: varias veces hizo pasar á algu-

circo, y las sumersiones de Nantes : y como la accion de dar la muerte es el acto mayor de superioridad que el hombre puede físicamente ejercer sobre otro hombre, el orgullo, ó el amor de sí mismo produce el amor ó deseo del homicidio, y el hombre destruye á otro hombre, impulsado del mismo sentimiento, y con la misma complacencia que manifiestan los niños cuando hacen pedazos sus juguetes ó entretenimientos.

Y si las doctrinas filosóficas, y las costumbres formadas por ellas, llegan á dominar en un Estado, ó aunque sea solamente en una parte considerable de sus miembros, entonces el pueblo todo, como si fuese una sola persona, es arrebatada léjos del orden por los sistemas del orgullo y de la avaricia: Entonces el único objeto de todos los deseos, y el delirio de todos los espíritus es independencia en lo interior, y dominación sobre los extraños. No se conoce mas grandeza ni mas prosperidad que la gloria que acompaña á las conquistas, y las riquezas que son su fruto. El frenesí de la guerra y la sed ardiente del oro agitan y consumen los pueblos: La ciencia de gobernarlos, que es toda moral, se pierde, y en su lugar entra el arte material de administrarlos, á espensas de lo que constituye la estabilidad, vigor y felicidad real y verdadera de los imperios. Toda la política se reduce á la Hacienda y rentas, transformadas en una vil negociacion de billetes y cédulas de banco, y sobre todo, de fondos públicos, al comercio, las manufacturas y los ejércitos; porque el dinero es toda la felicidad de los Estados, y el cañon toda su fuerza. Las naciones,

nas infelices, despues de haberlas violentado, desde sus brazos al cadalso : otra hizo suspender la ejecucion de uno al tiempo mismo de descargar el golpe, para que le leyesen las noticias ventajosas que acababa de recibir del ejército, y que tuviese ese desconsuelo mas. — *Guffroy*, su amigo, pidió *guillotina permanente*, hasta que no quedasen mas que cinco millones de habitantes : estos dos eran del mismo pueblo que Robespierre, y el último abogado como él, y periodista. Sobre *Marat* véase la nota de la pág. 240. *Saint-Just... Collot...* ¿qué sé yo? La pluma se cae de las manos al recuerdo solo de tanta atrocidad; solo queremos recordar que todos ellos estaban impregnados de las máximas filosóficas, ó excitados por los filósofos.

ansiado y afanando por gozar, cierran los ojos á lo pasado y á lo porvenir, y atormentadas al parecer por el presentimiento de su fin, no ven sino lo presente, y se apresuran á devorarlo. Bajo pretexto de acelerar la circulacion de las riquezas, es decir, para dar mas energía y movimiento á los deseos, temores y esperanzas, á todas las pasiones y á todos los vicios, se favorece todo lo posible el lujo; se llega hasta tender lazos á la codicia; se multiplican los teatros, las mujeres públicas, las ruinosas loterías y casas de juego : bancos horrorosos de crímenes, donde la inocencia misma arrastrada por una debilidad imprudente, va bajo la proteccion de la autoridad pública á abrir una cuenta fatal, que con demasiada frecuencia se cierra sobre el cadalso, ó con el suicidio¹. La moral y la conciencia caen en tal menoscabo, que se teme, y como que se avergüenzan de pronunciar su nombre; y si se presentan algunas de esas grandes y sencillas cuestiones, que la justicia inmutable ha decidido, digámoslo así, desde la eternidad, no espereis que su voz se haga oír, ni sea escuchada : sus máximas serán tratadas de escrúpulos, tal vez de escándalo, y entre el despojador opulento y su víctima contumaz á no comparecer en juicio, la sabiduría del siglo no verá mas que intereses que asegurar, y quejas que reprimir. Así, mientras que la verdadera política, que establece y conserva, es una profunda y soberana equidad, ó en otros términos, la ciencia del orden aplicada al gobierno de las naciones, la política filosófica, mezquina y ratera, como los intereses materiales en que se fija, y únicamente considera, no conoce mas virtud que la astucia, ni mas delitos que las pérdidas, porque toda se reduce á una especulacion de gloria ó de dinero.

Las ciencias, vano alimento del orgullo, podrán por

¹ En efecto, donde ha habido mas espíritu filosófico son mas los suicidios; por eso son tantos en Inglaterra; que hasta el célebre Young (inglés) no se detiene en daria el epíteto de *Nacion suicida* : en Francia con el espíritu filosófico se introdujo tambien esta peste. El 1780 en sola la generalidad de Paris hubo mil cuatrocientos tres suicidios de personas de uno y otro sexo, el 1818 fueron trescientos treinta, y el 19 trescientos setenta y seis. Estos son los grandes bienes que causó la filosofía.

un momento dar algun brillo que deslumbre; pero su resplandor durará bien poco. ¿No las hemos visto en toda la tierra seguir constantemente los progresos de la civilizacion, nacer, desarrollarse, estancarse y apagarse con ella? Mustia y pálida imágen de las verdades fecundas que vivifican la sociedad, brillarán por un instante como vagos meteoros en el horizonte del mundo moral desolado, para desaparecer muy pronto y para siempre.

El cultivo de las ciencias, además de cierta estabilidad en el orden político, exige un vigor, una fortaleza de alma, y una constancia de aplicacion, que son incompatibles con la movilidad de las instituciones, y las costumbres afeminadas de un pueblo materialista. La concupiscencia acaba y gasta las pasiones, porque los apetitos no son pasiones; y por consiguiente acaban con la literatura, ciencias y artes, y no dejan actividad mas que para lo que dice relacion á las necesidades y placeres de los sentidos. Y esa es la razon oculta de la preferente estimacion, que la filosofia concede á las ciencias físicas sobre las ciencias morales. Esta preferencia se echará de ver hasta en la educacion; y si en el pueblo que suponemos la hubiese pública, infaliblemente estará dirigida segun las máximas que le dirigen á él mismo, y por el espíritu que le anima; es decir, por un espíritu de orgullo, que da la mayor importancia á una instruccion fútil, propia para fomentar la vanidad, sin reprimir las inclinaciones ni apetitos del corazon; por un espíritu de voluptuosidad, de donde resultará una indulgencia homicida por el desarreglo de las costumbres; ó, aun cuando se procuren reprimir por consideraciones puramente físicas, resultará una corrupcion lenta, mil veces mas desastrosa en sus consecuencias que la ignorancia. Esta, por mas que se pondere, ni es tan temible, ni tan digna de lástima; porque en verdad, para la mayor parte de los hombres destinados á pasar esta vida triste y transitoria en el trabajo continuo, el único conocimiento indispensable es el de Dios, y el de las obligaciones que nos impone. El que esto sabe, sabe lo bastante para ser feliz, y para hacer felices á los otros. Lo poco mas que el hombre puede aprender, por lo comun no sirve sino para corromperle,

y casi siempre para atormentarle; *et qui addit scientiam, addit et laborem.*

A proporción que la verdad desaparece de la constitucion, de las leyes y costumbres, el Estado se debilita, su vida se extingue, y llega por fin un momento en que es preciso de toda necesidad, ó que todo perezca, ó todo se renueve. Los pueblos no subsisten, ni se reaniman sino por la Religión. Alejándose de Dios se acercan á la nada, dominio propio de todos los seres finitos, y su única soberanía. Esta es la razon porque Maquiavelo, á quien verosímilmente no se le tendrá por un fanático, ni espíritu débil, condena sin detenerse á la execucion universal á los que conmoviendo y destruyendo la Religión, trastornan la sociedad: y no duda llamarlos «hom-» bres infames y detestables, destructores de los reinos » y de las repúblicas, enemigos de las virtudes, de las » letras y de todas las artes que honran al género hu- » mano, y contribuyen á su prosperidad¹. »

Mas de un siglo ha que Leibnitz veía con espanto multiplicarse por toda Europa esta raza de hombres, que siempre se dejan ver en el mundo, cuando el cielo quiere ejercer el rigor de su justicia sobre los pueblos; y este profundo observador anunció desde entonces los desastres, de que á nosotros estaba reservado ser testigos y víctimas. Sus palabras, tan asombrosas cuando se consideran con relacion al tiempo en que escribió, merecen aun mas atencion acaso hoy dia, despues que los sucesos ¡ay! tan completamente las han verificado.

« Los discípulos de Epicuro y de Espinosa, creyén- » dose libres del temor importuno de una Providencia » vigilante y del temor de una vida futura, dan rienda » suelta á sus pasiones brutales, y convierten su talento » á seducir y corromper á los demás; y si son ambicio- » sos y de un carácter un poco duro, serán capaces, por » diversion y entretenimiento, de poner fuego á las cua- » tro partes del mundo. He conocido á algunos de este » temple, que por fortuna han muerto.

¹ Sono infami e detestabili gli uomini destruttori delle Religioni, dissipatori de' regni et delle repubbliche, inimici delle virtù, delle lettere e d'ogni altra arte che arrechi utilità honore e alla humana generatione. *Mach. lib. 1, de' Discorsi.*

» Veo que opiniones muy semejantes, insinuándose
 » poco á poco en el espíritu de los hombres del gran
 » mundo, que dirigen á los demás, y de quienes depen-
 » den los negocios, é introduciéndose en los libros de
 » moda, disponen y preparan todas las cosas para la
 » revolución general de que la Europa se ve amenazada.
 » Se ridiculiza á los que tienen á su cargo el cuidado
 » del público, y cuando algun hombre bien intencionado
 » habla como presagiando el triste porvenir de la poste-
 » ridad, friamente se le responde: *entonces como enton-
 ces, ahora como ahora.* Pero acaso podrá suceder que
 » estas personas lleguen ellas mismas á experimentar los
 » males que creen reservados á otras. Si no nos corre-
 » gimos de esta enfermedad epidémica de espíritu, cuyos
 » efectos empiezan ya á ser visibles, si continúa crecien-
 » do y progresando, la Providencia corregirá á los hom-
 » bres por la revolucion misma que ha de nacer de ella.¹»

Nació en efecto, llegó y se verificó esta revolucion:
 ¿quién hay en el mundo entero que lo ignore? Los gol-
 pes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, re-
 sueñan todavía en este instante en las riberas de la Amé-
 rica, y hasta en lo interior de sus bosques ensagrentados.
 Sí, ha venido el castigo sobre los hombres; ni aun el or-
 gullo filosófico puede negarlo: han sido castigados como
 nunca jamás lo fueron; ¿pero se han corregido? ¡Ay!
 Donde quiera que vuelvo los ojos veo al rededor de mí la
 rebelion escrita en las frentes señaladas por el rayo de
 las divinas venganzas, Si aplico el oído, oigo blasfemias
 altaneras y risas mofadoras. Dios es todavía un objeto de
 escándalo para los que habian jurado aniquilarle, y guar-
 dáoos de pensar que han perdido la esperanza, ni aban-
 donado el designio de destronarle. Si queda todavía, si
 subsiste aun un resto de fe, si la tierra es aun esclava de
 la esperanza, sólo es, dicen, porque se ha atacado mal
 al cielo. Llenos de esta idea, reúnen á nuestra vista de-
 lante de nuestros ojos, y vuelven á anudar los hilos rotos
 y dispersos de su vasta conjuracion. Provocando ruidosa-
 mente y llamando del polvo del sepulcro á los prime-
 ros jefes de la guerra sacrilega que han resuelto pron-

¹ Nouveaux Essais sur l'entendement humain.

gar, se lisonjean de que sus espectros trastornarán se-
 gunda vez el mundo. ¡Mas qué! ¡no hemos visto aun
 bastantes desgracias, y bastantes maldades! Y por insa-
 ciabiles que puedan ser de calamidades y delitos, ¿no de-
 berian estar ya hartos y fastidiados? Contemplad esa
 Europa, poco ha tan floreciente y ahora tan profunda-
 mente miserable, que para pintar sus dolores no se ha-
 llan otras expresiones que las del Profeta: *Su cabeza toda
 es una llaga, y su corazon un gran desfallecimiento*¹. Fe-
 liz aun, y felicísima, si este desfallecimiento no degenera
 en un entorpecimiento incurable, que la conduzca in-
 sensiblemente, despues de algunas nuevas crisis, al últi-
 mo sueño.

Mas sea cual fuere el resultado de esta revolucion
 memorable, procuremos sacar de ella algunas de las ins-
 trucciones que encierra. Nos cuestan demasiado car-
 ras para que al menòs no tratemos de sacar algun
 fruto.

Treinta años ha existia una nacion gobernada por una
 estirpe antigua de Reyes, segun una constitucion ó for-
 ma de gobierno el más perfecto que se conoció jamás, y
 por unas leyes, que con mas justa razon que las de los
 antiguos Romanos, se pudieran creer bajadas del cielo:
 tan sabias eran, tan puras, tan benéficas, tan favorables,
 á la humanidad. Esta nacion célebre por su franqueza
 agrado, benignidad y sus luces, por su amor á sus Reyes
 y á la Religion, á quien debia catorce siglos de gloria y
 felicidad, florecia en paz en medio de la Europa, cuya
 envidia excitaba, y cuyo ornamento era, por la belleza
 de su legislacion, por la noble cultura de sus costum-
 bres, y por los admirables y famosos modelos de todo
 género, con que las letras, las ciencias y las artes la ha-
 bían como á porfía y de concierto enriquecido. Feliz en
 lo interior y respetada exteriormente, su fama extendida
 en todas partes se atraia los homenajes de las regiones
 mas lejanas, y el Universo admiraba en ella á la Reina
 de la civilizacion.

Tal era el pueblo que Dios excogió para dar al género
 humano una grande y terrible leccion. De repente, á la

¹ *Isai.* 1, 5, segun el hebreo.

voz de algunos sofistas, opiniones nuevas, nuevos deseos se apoderan de este pueblo extraviado. Se disgusta y fastidia de su Religión, y de las doctrinas tutelares que la habian elevado á tanta grandeza. Tentado por el fruto del *árbol de la ciencia*, quiere salir de su condicion, y *ser semejante á Dios*, á quien sola y únicamente pertenece y de quien dimana toda soberanía. Súbitamente este atentado recibe su castigo, como el del primer hombre, por un irrevocable decreto de muerte, que el culpable mismo está encargado de ejecutar.

La muerte de una sociedad no es otra cosa que la extinción de toda verdad social: á su consecuencia se ve que todas las verdades sociales abandonan de una vez á esta nación proscripta, y la dejan entregada á sí misma, á sus propias fuerzas, sin protector y sin regla, como aquellos pueblos perdidos sin esperanza de remedio, de quienes los antiguos decian: *los Dioses han huido*.

De la verdad nace el amor, que produce y conserva; y esta nación poco ha tan amante, ahora ya sin verdad, se ve al punto apoderada de un horroroso espíritu de odio que la anima é impele á su propia destrucción.

La razón humana cansada de toda autoridad, y hasta del mismo Dios, emprende constituir sin él la sociedad, y hasta le misma Religión; porque la filosofía no solo se abrogaba y atribuía la dignidad real, el trono y centro, ó el derecho de imponer leyes políticas á los pueblos, sino también el sacerdocio, ó la función de arreglar su creencia y su culto. « *Vos sois el sacerdote de la razón* » escribía D'Alembert¹ al viejo de Ferney. Esta frase no debe mirarse como una expresión sin consecuencia: la idea que ella enuncia es una deducción rigurosa del principio de donde partía, ó en que estribaba la filosofía; y desde el punto en que lo sometía todo, hasta el mismo Dios, á la razón del hombre, era preciso que este viniese á adorar su razón; es decir, llegase á adorarse á sí mismo, ó á declarar por un acto solemne que no conocía nada superior á sí; porque el culto público no es mas que la declaración de la creencia pública; y cuando un pueblo no cree nada, su culto es

¹ *Lettre de d'Alembert à Voltaire*, del 13 de diciembre de 1764.

una declaración pública de ateísmo, ó de incredulidad.

Pero consideremos los progresos, y por decirlo así, la filiación lógica de los acontecimientos. Se proclamó la *Soberanía* del hombre, y sus *Derechos* comprendidos todos en esta sola palabra, vinieron á ser el único dogma político y religioso: entonces necesariamente no se vió en la antigua Religión del Estado, en su símbolo, y en su culto, mas que un atentado sacrilego contra la razón del hombre: Dios es tratado como usurpador; y todo el que se declara por él, tomando partido en la guerra que existe entre Dios y el hombre, y en la cual de nada menos se trata que del imperio, se hace á un tiempo reo de lesa-majestad divina, negando la independencia absoluta ó la divinidad de la razón, y de lesa-majestad humana, atacando la soberanía del hombre. Debe pues como impío, y como rebelde, sufrir la pena capital¹. Todo cuanto pertenecía á la Religión proscripta, sus ministros, sus bienes, instituciones, usos, y hasta los nombres mismos que habia consagrado; en una palabra, todo cuanto tiene relación, y recuerda, ó trae á la memoria al Dios enemigo, debe perecer; todo, todo, hasta sus templos y hasta sus imágenes: así como á la vuelta del legítimo Monarca se rompen las estatuas del tirano. Así es que en el furor de esta guerra asombrosa del hombre contra Dios, se trató de destruir has-

¹ Digo como impío, porque quien niega á Dios, es castigado de muerte, ó separado eternamente de la sociedad de Dios, que es la vida, porque es la verdad: *Ego sum veritas et vita* (Joan. xix, 6). Este terrible castigo es una consecuencia ó relación necesaria con el delito, ó una ley inmutable de la justicia; y así porque esta ley revelada al hombre es eminentemente conforme á su razón, resulta que luego que él se pone en lugar de Dios, separa para siempre de su sociedad, ó castiga de muerte, á cualquiera que rehusa ó se niega á reconocerle por Dios: esto se vió en los antiguos imperios de Oriente, y en Roma en tiempo de los Emperadores, como en nuestros días en Francia bajo el reino del ateísmo. Dios, como que es Eterno, no castiga (con la última pena se entiende) á sus súbditos rebeldes sino cuando han entrado en la sociedad eterna, y hasta entonces da lugar y espera á que se arrepientan; mientras que el hombre, ser de un día, ni aun espera hasta la tarde, que acaso no verá, y se da prisa á dar la muerte, no sea que á él le llegue antes, y la reciba primero.

ta los libros mismos donde se exponian, y defendian los derechos del Soberano Sér¹. Y esto no era mas que una consecuencia justa de las máximas dominantes, y solo la imposibilidad de una destruccion total fué la que impidió al fanatismo filosófico dar á la Europa el mismo espectáculo que en otro tiempo habia dado en Egipto el fanatismo musulman².

El mundo habia visto muchas veces el escándalo de la apotheosis individual del hombre, y tal fué el origen de la idolatría entre todas las naciones paganas. Pero el hombre al hacerse Dios, dejaba de ser hombre. Transformado por la opinion en otro sér mas perfecto, mudaba de naturaleza; y aun entonces mismo la tradicion conservaba la creencia de un Dios supremo, elevado eminentemente sobre todas estas divinidades subalternas. Pero el escándalo de la filosofía ha sido mucho mayor: ella,

1 Es decir, en defensa de la Religion. Esta fué siempre la práctica de la impiedad. Así lo hacian los gentiles en las persecuciones, los Iconoclastas en el siglo VII, Lutero en el XVI con los de los teólogos, que hizo quemar públicamente; y nuestros impíos revolucionarios, como hijos de un mismo padre, y animados de un mismo furor diabólico, con todo lo que podia decir relacion á Dios. La Francia vió en esta clase horrores que hacen estremecer. Chaumette, uno de los inventores de las *fiestas de la razon*, hizo quemar todos los libros piadosos, y aun los cuadros que representaban objetos de Religion: en su furor diabólico dejó su nombre de bautismo por el de Anaxágoras, por tener por patrono, decia, un santo que hubiese sido ahoreado por su republicanismo. Hasta donde hubieran llegado en este camino nuestros demagogos, es bien de presumir: por de pronto, en el plan de instruccion pública ya se habian suprimido los cursos de *teología natural* y de *metafísica*; es decir, de la parte filosófica que trata de Dios, el alma y espiritus, etc.: buenos discipulos de Rousseau querian sin duda que no se hablase á los jóvenes de Dios, hasta que lo discurriesen ellos mismos. Se aumentaban las cátedras de *Zoología*, ó tratado de renacuajos é insectos, como cosa de mucho interés; pero saber si tenemos alma, si hay Dios, no merecia su atencion. Quien piensa aun y habla de sus buenas intenciones, ó es ciego, ó no quiere ver, ó es un necio privado de razon, ó es su partidario.

2 El califa Omar hizo quemar la famosa biblioteca de Alejandria en Egipto; y Maribon Montaut, su digno émulo, en la Francia revolucionaria, propuso incendiar todas las bibliotecas.

excluyendo todo sér superior, diviniza, no al hombre individual, sino lo que es mucho mas, al hombre en abstracto, ó á la humanidad concebida bajo su nocion propia. De este modo el hombre se adora como hombre, y hallando en su orgullo, y en su concupiscencia desmedida el carácter de lo infinito, los escoge naturalmente por objeto directo de su culto. Adora su orgullo bajo el nombre de razon, y le adora bajo el emblema del deleite porque la voluptuosidad, ó la independenciá desenfrenada de los apetitos, no es mas, si se me permite esta expresion, que el orgullo de los sentidos, así como el orgullo es el deleite de la inteligencia ó del entendimiento. Y como no hay ningun vicio, ni deleite alguno que no nazca necesariamente de estas dos pasiones madres, cuando el hombre no reconoce otra autoridad, ni mas ley, ni mas Dios que su razon; para representarla dignamente, es necesario buscar todos los vicios y todos los crímenes personificados en el mismo sér vivo, y este simulacro horroroso se encuentra en las pocilgas de la prostitucion¹. Y en efecto, ¿qué imágen mas perfecta del error absoluto que destruye toda verdad, que el desorden profundo que destruye toda virtud, acaba con el hombre, las familias, y con la misma sociedad? ¡Leccion para siempre memorable! La razon humana, cuyos beneficios, anunciados de antemano con tanto fausto, debian transformar la tierra en una mansion de paz y de felicidad; esta razon poderosa reina en fin, se proclama su divinidad, y sus altares son ruinas, sus himnos cánticos de proscripcion, sus sacerdotes los verdugos, su culto la muerte, y la nada la esperanza de sus adoradores.

Hay en las doctrinas una virtud oculta, una fuerza secreta, ó perniciosa ó benéfica, que no se percibe sino por los efectos; y esta sola verdad deberia ser suficiente para probar que el hombre no fué criado para elegirse sus creencias ó su Religion, sino para recibirla de aquel que ni puede engañarse, ni querer tampoco engañarnos; porque si el juicio ó dictámen de la razon sola decidiese,

1 Véase este espantoso suceso, y monstruosas *fiestas de la Razon*, p. 153, nota.